

GILBO

EL "CERVINO" LEONÉS

TEXTO



Sara Carbajal
(Barakaldo, 1987)

Logopeda de profesión, amante de la montaña y de los diferentes deportes relacionados con ella. Ha recorrido montañas de Picos de Europa, Euzkai Herria, Pirineos o Dolomitas entre otras.

FOTOS



Gabriel Santos
(León, 1987)

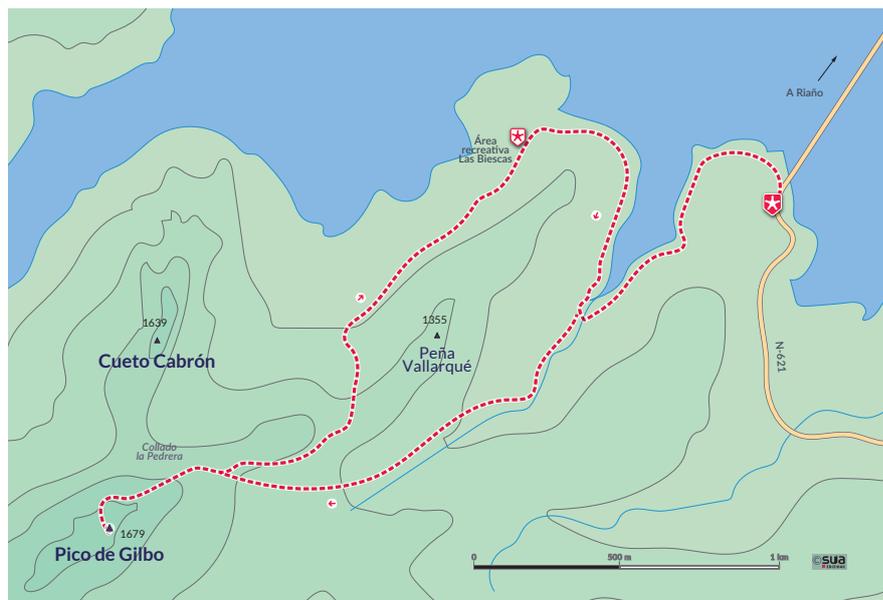
Amante de la naturaleza y la fotografía, ha hecho de su pasión su profesión como guía de viajes fotográficos por todo el mundo.

Recuerdo perfectamente la primera vez que subí esta montaña siguiendo los pasos de mi padre, que me ha guiado en muchas de las cimas más importantes de mi vida. "Te va a gustar mucho", me advirtió, pero no sabía que sería para siempre.



Ubicado en la Montaña de Riaño, dentro del parque regional de Picos de Europa, el Gilbo se asienta en una zona de la montaña oriental leonesa que es capaz de enamorar a cualquier amante de la naturaleza. Esta montaña de imponente perfil es conocida como "*el Cervino leonés*", por la similitud estética que guarda con el gran Matterhorn, salvando las distancias (y el tamaño). Con sus 1679 m no es la cima más alta de la zona, pero su esbelta silueta la hace ser sin duda la más atractiva del lugar.

El Gilbo, al igual que el resto de las cimas que lo acompañan, se eleva sobre las aguas del embalse de Riaño. La belleza de los actualmente llamados "*fiordos leoneses*" tiene una historia dura y reciente; la mencionada presa se construyó en 1965, pero el resto de la obra quedó paralizada durante años, y las compuertas del embalse no se cerraron finalmente hasta





De izquierda a derecha: el Gilbo, Cueto Cabrón, Las Pintas y Llerenes

1987. Bajo sus aguas quedaron sepultados nueve pueblos, el paisaje que formaban, y muchos recuerdos. Entre esos pueblos, Riaño fue el único que se reconstruyó posteriormente. Es un hecho que, por su forma e historia, Gilbo es una montaña que tiene carácter.

Bajo sus aguas quedaron sepultados nueve pueblos

Observándolo desde Riaño la vista me parece tan bonita como hipnótica. Cruzamos el puente que se eleva sobre el agua y comunica el pueblo con la carretera nacional N-621, dejamos nuestro coche en el aparcamiento situado a un lado de dicha carretera, y comenzamos nuestra ruta. Partimos de 1088 m de altitud, por lo que el desnivel a superar será de unos 590 m.

Rebasamos un paso canadiense y caminamos por una pista rodeada de pinos, que sigue el perímetro del embalse, durante un kilómetro aproximadamente. El entorno es admirable desde el principio. Cruzamos la desembocadura del arroyo Vallarqué y unos metros más adelante nos desviamos a la izquierda, siguiendo un camino señalizado por un aspa amarilla y blanca. Avanzamos por el mismo, para minutos después adentrarnos en un precioso hayedo, por el cual continuamos ascendiendo a lo largo de una senda sin pérdida que sigue el curso del arroyo.

La belleza y los colores del hayedo varían según la estación del año en la que estemos, pero su visita siempre resulta especial. Desde mi punto de vista, el otoño le sienta particularmente bien; el bosque se transforma en una preciosa falda para el Gilbo, y una

bueno antesala de lo que la montaña nos deparará después.

Al finalizar el bosque de hayas, se abre la panorámica y llegamos a una campa repleta de arbustos, donde por fin observamos frente a nosotros la pared caliza del Gilbo en todo su esplendor. Merece la pena parar, girar la cabeza y disfrutar del paisaje que nos ofrece este punto de la ruta. ¡Las vistas empiezan a sorprendernos gratamente! Atravesamos dicha campa y continuamos ganando altitud siguiendo el sendero, hasta que alcanzamos el llamado collado de La Pedrera (1428 m).

En este punto aparece ante nosotros el último tramo de la subida, la cara norte del Gilbo. Un recorrido no muy largo, pero sí majestuoso, que se convierte en una de mis partes favoritas de la ruta. Esta última fase se lleva a cabo por una estrecha senda que avanza



pegada a la pared caliza, marcada por hitos. Su inclinación aumenta notablemente en los últimos metros, que requieren de una trepada sencilla, pero que siempre hay que afrontar fijando cada paso. Es el último esfuerzo.

Una vez superada la subida llegamos al punto más impresionante de este pico, la

Cueva de la Vieja del Monte



cima (1679 m) y su arista, la cual se extiende desde la cumbre hacia el suroeste. El regalo que nos ofrece es una panorámica impresionante que no deja indiferente a nadie, la belleza de los "fiordos leoneses" en su totalidad, una fusión perfecta entre el agua y la montaña. Observamos desde aquí el precioso valle de Anciles, donde vive una pequeña comunidad de bisontes; Riaño bajo nuestros pies, cimas cercanas como Peñas Pintas (1985 m), Llerenes (1895 m), el Pico de Yordas (1964 m) o el pequeño pero imponente Cueto Cabrón (1539 m). Y también podemos disfrutar de la gran mole piramidal de roca caliza que forma el Espigüete (2451 m, perteneciente a la montaña palentina) situada al este, el macizo de Mampodre situado al noroeste, y cómo no, los maravillosos Picos de Europa al fondo, entre otros.

La arista, de vertiginosas pendientes a ambos lados, pero cómoda casi en su totalidad, se estrecha formando un tramo más aéreo junto a la cima. Este tramo puede rebasarse por un lateral de forma más sencilla, pero si el vértigo lo permite merece la pena recorrerla durante

unos cuantos metros, seguir disfrutando de las vistas y volver a la cima.

Todo ello forma un paisaje espectacular, descrito de forma objetiva. Pero lo que me cautivó para siempre aquel día fue lo subjetivo, la sensación de ver todo aquello por primera vez. Para todas aquellas personas que llegan a su cima y sienten algo similar, el viaje ha merecido la pena.

Tras permanecer durante un buen rato sentada sobre su áspera caliza, llega el momento de volver. Existen diferentes opciones para el descenso, al igual que hay más de una vía para subir, pero en este caso narraré la bajada que nos lleva a un mirador y a una cueva peculiar que merece la pena conocer.

Retrocedemos sobre nuestros pasos para volver a la senda de la cara norte, la misma que hemos utilizado para ascender. Destrepamos con cuidado el tramo inicial y continuamos hasta alcanzar de nuevo el collado de La Pedrera. La pendiente y las características del terreno nos obligan a fijar nuestra mirada en los pasos que vamos dando, pero alzando un poco la vista disfrutamos del maravilloso paisaje durante toda la bajada.



Los "fiordos leoneses" teñidos de blanco

Cuando alcanzamos el collado, hacia la derecha se observa el camino recorrido horas antes, pero en esta ocasión nos desviamos hacia la izquierda. Siguiendo la senda que rodea la peña Vallarqué por esta vertiente, nos adentramos en el bosque de hayas y continuamos descendiendo por la llamada canal del Moro.

Al terminar la bajada llegamos a un enclave que nos ofrece una panorámica excepcional, el mirador de las Biescas. Un mirador que cuenta con un banco en el que nos sentamos a descansar, mientras disfrutamos de las vistas de esta zona del embalse y sus montañas, destacando el Pico de Yordas (1964 m) frente a nosotros.

Continuamos con nuestro camino de vuelta, aunque aún nos falta una última parada. A unos 200 metros del mirador llegamos a conocer la Cueva de la Vieja del Monte, donde la leyenda se hace realidad. Una bonita y curiosa cueva a la que no le falta detalle, morada de este ser de la mitología leonesa que nos deja visitar su hogar.

La Vieja del Monte amasa pan en su cueva y se lo regala a los padres, junto con avellanas o frutos silvestres, para que ellos se lo entreguen a los niños. No deja que nadie la vea, aunque eso no es tarea fácil, ya que ha elegido una zona bastante transitada para vivir.

Nos despedimos de la cueva y regresamos a la pista que bordea el embalse, la misma por la que iniciamos nuestra ruta. Tras caminar unos dos kilómetros y medio llegamos de nuevo al punto de inicio y con ello ponemos fin a un buen día de montaña.

He vuelto a esta cima en incontables ocasiones desde hace años; en todas las estaciones del año, con sol, lluvia o nieve, y por sus diferentes vías de acceso. Cada visita es diferente y particular. Hay que tener en cuenta, especialmente en invierno, que en función de las condiciones de nieve o hielo, su amabilidad varía convirtiéndola en una subida mucho más técnica.

Tengo la inmensa suerte de haber disfrutado de muchas montañas, pero el vínculo con esta es algo muy personal. Disfruto, además, de otras rutas de la zona, de otras cimas, del embalse y de los pueblos que le rodean. Disfruto de la naturaleza en un lugar excepcional. Gracias Gilbo, porque nunca me cansaré de subirte. Gracias a todas las personas que me han acompañado alguna vez y lo aprecian como yo. Y gracias a mis padres, por transmitirme el amor por la montaña. No entiendo una vida sin ella.

Panorámica desde la cima hacia la arista

